
LA INFECCION DE LA LEPRO

(Tomado de "*La Voz de Job*". Febrero 8 de 1905).

El eminente Profesor Rodolfo Virchow, Presidente del Congreso de leprólogos reunido en Berlín, en 1897, manifestó el día de clausurar las sesiones, que se había aceptado que el bacilo de Hansen es la causa de la lepra, pero con cierta reserva, porque no estaba demostrado experimentalmente que el microbio pudiera transmitir la enfermedad, ni que ésta hubiera sido adquirida por los medios empleados para comprobar el contagio. Los Secretarios del mismo Congreso, en el resumen que hicieron de los trabajos, dijeron: "Hasta hoy no hay nada fijo acerca del modo de desarrollar el bacilo, ni sobre la manera de penetrar éste en el organismo humano, la lepra debe, sin embargo, ser considerada como enfermedad contagiosa".

Si veinte años después de haber descubierto Hansen el bacilo de la lepra y de haber sido comprobado este descubrimiento por numerosos bacteriólogos, se negaba aún la ciencia a reconocer, sin reserva, que dicho bacilo es la causa de la enfermedad, y que el contagio es el modo de propagarse, ¿qué debemos esperar de la hipótesis que formulamos hoy respecto de la infección causada por contacto mediato, en el cual la pulga es el agente intermediario, hipótesis que nadie ha comprobado y cuya demostración experimental se ha hecho? La duda, muy justificada ciertamente, la negación absoluta, infundada, y acaso algún maligno pensamiento, impedirán que se acoja la idea, hoy por hoy; pero el tiempo se encargará de convertir lo que por ahora es mera presunción en verdad demostrada y por todos aceptada, o bien, en utopía, si el resultado de ulteriores investigaciones no correspondiere a nuestras halagüeñas esperanzas.

Como es más fácil demoler que edificar, sin gran trabajo hemos podido demostrar, con el testimonio de los autores que se han ocupado en esta cuestión, con los experimentos científicamente practicados y con los hechos bien comprobados, que la lepra no se transmite por contacto directo o inmediato desde el enfermo al sano; pero para fundar la teoría de la infección indirecta o mediata por las pulgas, ne-

cesitamos apelar al concurso de otros experimentadores, esperar la sanción del tiempo, contentarnos por ahora con presentar, a falta de la demostración experimental que la ciencia exige, los razonamientos en que nos apoyamos, a fin de que, si ellos merecen alguna consideración, se mediten y se tengan en cuenta, siquiera sea como una excitación a los leprólogos, para emprender los experimentos que nosotros no hemos podido aún practicar por falta de medios adecuados, o porque no nos hemos creído autorizados a ejecutar, dada la deficiente instalación de que disponemos.

La lectura de los escritos del señor P. L. Simond sobre la *Propagación de la peste*, publicados en 1898, nos indujeron a buscar en el contenido intestinal de las pulgas que habían chupado sangre leprosa el bacilo Hansen, porque creímos hallar grandes analogías en el modo de transmisión de la peste bubónica por medio de las pulgas y lo que se observa en la propagación de la lepra, a pesar de ser tan distintas estas dos infecciones, si se consideran sólo sus caracteres clínicos. “Hemos practicado, dice este autor, cierto número de veces el examen microscópico del contenido intestinal de las pulgas recogidas en ratas espontáneamente pestiferadas, y en muchos casos, hemos comprobado la presencia de un bacilo morfológicamente semejante al de la peste. Estos microbios no existen en el contenido estomacal de las pulgas de la misma procedencia que no han sido puestas en contacto con un animal apeestado”.

A ejemplo del señor Simond examinámos pulgas que habían chupado sangre de un leproso y encontramos en su contenido intestinal el bacilo de Hansen; mientras que en otras pulgas que no habían estado en contacto con ningún leproso, nada pudimos encontrar. Con una gotita de líquido bacilífero de las pulgas sembrámos caldo y obtuvimos un cultivo idéntico al que habíamos logrado antes con semilla tomada de la linfa periférica de los enfermos. Los experimentos de inoculación en conejos, tanto con el cultivo proveniente de semilla tomada directamente del hombre como con el que obtuvimos de las pulgas, nos dieron resultados positivos, mientras que inoculando directamente los productos leprosos no se ha logrado reproducir la enfermedad, lo que nos hace suponer que el microbio sufre algún cambio, cuya naturaleza ignoramos, al pasar por un medio de cultivo diferente, como el caldo o el contenido intestinal de la pulga, que lo hace apto para transmitir la enfermedad para inficionar.

“Sólo podemos hacer hipótesis—dice el doctor Simond—acerca
Revista de la Facultad de Medicina.—Bogotá.

de la manera como la pulga lleva el microbio a los tejidos; casi no se explica que el aguijón manchado de sangre pueda conservar largo tiempo su poder infectivo, y la pulga en tal caso no sería nociva sino en el momento que abandona el animal pestiferado. Pero es observación fácil que la pulga, durante la succión, deposita en el punto mismo en que está instalada sus deyecciones, que consisten en una gotita líquida de sangre digerida. Si este líquido es un cultivo del bacilo de la peste, es verosímil que pueda inficionar al animal por la perforación abierta que ha producido el aguijón. No sabemos tampoco nada sobre las modificaciones que sufre el microbio en el cuerpo del parásito. ¿Su virulencia se aumenta, se conserva o se disminuye? ¿Su conservación es de larga duración? Estas cuestiones necesitan largas investigaciones”.

Nos hallamos exactamente en la misma ignorancia que el autor, respecto de estas diversas cuestiones, pero, con él podemos decir: “Desde ahora podemos explicarnos la mayor parte de los puntos oscuros de la historia de la propagación de la peste (de la lepra, en nuestro caso), su predilección por las casas mal tenidas y atestadas de gente, por las plantas bajas de los edificios, por la parte miserable de la población, el mal éxito de las desinfecciones que se dirigen solamente a los pisos y a las paredes, la inocuidad de los trabajos de laboratorio. En la falta de parásitos en la ropa de los hospitales a la europea, su abundancia en los hospitales enteramente abandonados a los indígenas, se encuentra la explicación de que los casos de contagio, frecuentes en éstos, sean excepcionales en los primeros”.

Esto mismo es, en efecto, lo que se observa en la propagación de la lepra: al aseo se ha atribuído por varios autores la supresión del contagio, y el aseo, que no impide la contaminación de las enfermedades propiamente contagiosas, no puede obrar sino por la eliminación de los parásitos. En el hospital de San Luis, en París, no se ha visto un solo caso de contagio en más de 25 años de haber tenido allí leproso en contacto con los otros enfermos; en los Estados Unidos no se propagó la enfermedad entre los descendientes de los noruegos que emigraron de su nación, entre los cuales había muchos leproso, ni entre los americanos que estuvieron con ellos en contacto; otros muchos ejemplos pudiéramos aducir en corroboración de este hecho que abogan en favor de la infección por medio de las pulgas, lo que haremos en otra ocasión.

JUAN DE D. CARRASQUILLA L.

Enero de 1905.

Volumen I—Nº 10—Marzo, 1933. —6